

Tardía pero justa, la crítica de Lugo a Gavin

No se ha documentado hasta ahora la participación del embajador Dwight Morrow en la idea que dio vida al partido gubernamental mexicano. La conseja popular, recogida por los amargores de Vasconcelos la dio, sin embargo, por real e inequívoca. Sería una lástima que tal especie se confirmara alguna vez. El partido gubernamental, si bien no es flor crecida sólo en el jardín mexicano, sí se cultivó aquí con tecnología propia, de la que no falta quién esté orgulloso, al punto de que hasta hemos podido brindar no sólo inspiración sino hasta asistencia técnica a otras naciones. Imagínese usted lo deplorable que sería comprobar que ese orgullo de nuestra nacionalidad no es oriundo de estas tierras sino que —como el Cielito lindo, por ejemplo, que tan nuestro parece y no lo es— vino de suelos ajenos al de aquí.

Pero si asumiéramos que el PNR fue hijo no de Calles sino de Morrow, estaríamos ahora ante el caso de la creatura que se vuelve contra su creador. Es claro que abusamos de la metáfora para referirnos a la reacción del senador hidalguense, líder del PRI, Adolfo Lugo, ante las frecuentes y sobre todo arrogantes intromisiones del embajador John Gavin en la vida política mexicana. La respuesta llegó tarde, pero llegó al fin. Y es de esperar que tenga con-

secuencias.

Los embajadores no tienen por qué ser seres silenciosos. Hace no mucho representaba a la Reina Isabel II ante los mexicanos el señor Crispin Tickell, que por vocación y profesión escribía. Hasta llegó a publicar alguna reflexión en diarios mexicanos. Nadie diría, sin embargo, que el embajador de la corte de Saint James provocó furiosos a su alrededor por lo que expresara. Es que hay modos de hacer las cosas. Y hay también lujos que algunos pueden permitirse, ya sea porque la formación personal lo propicia, o por la naturaleza de la representación que ostentan. O viceversa: especialmente el embajador de los Estados Unidos no puede actuar como un particular que dice lo que le gusta y lo que le disgusta de México. La historia de las relaciones entre los dos países, el entrecruzamiento de vinculaciones, la ambigua percepción (de amor-odio) que la generalidad de los mexicanos tiene respecto de su poderoso vecino del Norte, son condicionantes que un representante de Washington no puede dejar de tener presentes.

El señor Gavin, sin embargo, no parece tener demasiado en cuenta esas características específicas de su misión en nuestro país. Y por lo tanto se mueve con libertad que, en su cargo, resulta excesiva. Actúa, o propicia que lo ha-

gan sus dependientes en la embajada, en terrenos resbaladizos. Y enuncia juicios sobre nuestra política, sobre nuestra prensa, sobre el manejo de nuestra economía. Y luego se queja de que nuestra hipersensibilidad responda, como si le sorprendiera, como si con ello confirmara nuestra condición de seres subdesarrollados, incapaces de practicar la autocritica y menos aun de admitir la que se endereza en contra nuestra.

Ultimamente, la influencia del señor Gavin, y de su personal, se ha ido condensando en torno del Partido de Acción Nacional. No se trata sólo de la invitación que el partido del señor embajador, el Republicano, formulara al PAN para que personeros suyos atestiguaran en Dallas la convención que aclamó candidato a la reelección al señor Reagan. Desde antes, especialmente en Sonora, ha ido configurándose un papel intervencionista a cargo de personal de la embajada, en una explosiva mezcla con un neopanismo que poco tiene que ver con el origen de esa corriente, y con el clero. Independientemente de la intención del señor Gavin, él mismo, y su embajada, se han convertido en un factor de la política interna de México. Y eso es algo que no se puede permitir.

Por eso, aunque tarde, ha salido a responderle el presidente del Partido Revolucionario Institucional. Su respuesta ha sido clara. No se anduvo con ambages. Expresamente, calificó de imprudentes algunas declaraciones del antiguo actor y actual anunciante de licores corrientes, y de manera implícita lo llamó ignorante, al considerar que el embajador carece de conocimientos suficientes sobre nuestro sistema político y sobre nuestra historia.

Acaso se objete a la respuesta de Lugo Verduzco su tardanza. Y, más fundamentalmente, habría que considerar si el partido en el gobierno dispone hoy de la autoridad moral para erigirse en campeón de la soberanía nacional, en momentos en que por ejemplo la inversión extranjera crece sin las limitaciones que la ley le formula, al socaire de la crisis que padecemos. Pero si admitimos que, ello no obstante, el PRI es titular de un programa de verdadero nacionalismo y, por otro lado, es el partido gobernante con el aval formal de la mayoría de la nación mexicana, entonces estaremos de acuerdo en que Lugo Verduzco estaba especialmente calificado para encarar, no sólo en interés de su partido, las actitudes del señor Gavin.

Lo que en el fondo se ha querido hacerle saber al embajador de los Estados Unidos, supongo (y deseo) es que no somos un proconsulado, en que el representante del país dominante puede intervenir a su capricho. Sus palabras son lo de menos. Aunque no lo crea el señor embajador, o muchas personas de mente colonizada o colonizante, de más en más nuestra sociedad es capaz de asumir y practicar la crítica de sí misma. No nos ofende que se hable de nosotros aunque no compartamos lo que se dice. No se puede admitir, en cambio, que las decisiones sobre alguna porción de nuestra política interior se adopten conforme el interés de una potencia extranjera, sobre todo la que nos ha expoliado de muchas maneras a lo largo de nuestra historia.

No hay chovinismo en la actitud de Lugo Verduzco. Hay, a nuestro entender, pura dignidad. Y eso es algo que hasta los críticos ácidos del PRI no pueden impedir que ese partido ejerza cuando lo decide.